

CAPITULO X.

La ciudad santa.



CHOLULA era, como hemos dicho ya anteriormente, una ciudad sagrada.

Habitábanle en su mayor parte butios ó sacerdotes, continuamente ocupados en sacrificar víctimas en aras de los dioses.

De todas partes del imperio acudían á aquella ciudad en peregrinación los devotos, y puede decirse que no había allí más vida que la religiosa.

Los butios de Cholula eran los verdaderos jefes que mantenían íntimas relaciones con el emperador de México, quien á su vez les otorgaba privilegios que no gozaban ni aun muchos de sus consejeros, ni aun muchos de los magnates que le rodeaban.

Seguro de la fidelidad de los cholulanos, seguro de que los butios tendrían bastante habilidad para tender un lazo á los españoles, les confió secretamente la misión de desembarazarle de aquellos enemigos.

Los de Tlaxcala no se habían equivocado al juzgar á los de Cholula.

Hernán Cortés, advertido por Magiscatzin, y dominado por el presentimiento del mal, notaba en los embajadores de Motezuma una secreta alegría, que se aumentaba á medida que los españoles se acercaban á la ciudad sagrada.

Conducidos á ella, fueron espléndidamente alojados.

La ciudad presentaba un aspecto deslumbrador.

Sus calles eran anchas, rectas.

Sus edificios espaciosos, elevados y construidos con verdadero lujo y riqueza.

Era la ciudad infinitamente superior á la de Tlaxcala.

Habían destinado á sus huéspedes tres casas espaciosas, que se hallaban en una calle y se comunicaban entre sí.

En ellas se alojaron los españoles y los zempoales.

Hernán Cortés, aprovechando la situación del local, organizó su gente de manera que pudiera resistir cualquiera tentativa de ataque.

En los alrededores de la población establecieron su cuartel los tlaxcaltecas, y Hernán Cortés les mandó, para que no fueran víctimas de alguna sorpresa, que tuvieran durante la noche centinelas que pudieran avisarles en cualquier peligro.

El recibimiento que se hizo á los españoles en Cholula, fué al parecer tan entusiasta como el que los tlaxcaltecas les dispensaron.

Los caciques, los butios, los jefes de las familias más distinguidas de la población, acudieron á visitar á Hernán Cortés y le colmaron de agasajos, lo mismo que á sus capitanes.

Al mismo tiempo procuraban familiarizarse con ellos.

El pueblo mismo acudía á los alrededores de la morada de los forasteros, los observaba con curiosidad, y aunque en la apariencia se mostraba amigo de ellos, no podía ocultar que obedecía á una consigna.

Dos ó tres días fueron los españoles objeto de los mayores obsequios.

Poco á poco fué entibiándose el entusiasmo de los cholulanos.

Acortaron las raciones que daban á los españoles, y todo demostraba que meditaban algo contra ellos.

Marina se multiplicaba para librar á Hernán Cortés y á los

españoles, á quienes ella llamaba sus hermanos, de cualquier riesgo.

Por ella supo que los embajadores de Moctezuma celebraban misteriosas entrevistas con los butios.

Por ella supo que continuamente iban y venían correos, llevando noticias á Moctezuma, y transmitiendo sus instrucciones.

Hubo un momento en el que Marina no dudó de que se urdía un plan infernal contra los españoles.

Resuelta á sacrificarlo todo por salvarlos, no tardó en encontrar una ocasion de averiguar por completo la verdad.

Habia extrañado mucho á los cholulanos ver en la compañía de Hernan Cortés á Marina.

Una india, reputada en la ciudad como á mujer de privilegiado talento, de palabra persuasiva, de singular penetracion, recibió el encargo de sondear á Marina.

Alabahba, que este era el nombre de la doctora, pretextando que queria agasajar á Marina por el aprecio que de ella hacian los españoles, la suplicó que fuese á su morada.

Marina, sin consultar á Hernan Cortés, acudió á aquel llamamiento.

Apénas se vieron solas aquellas dos mujeres, entablaron un diálogo, del que no queremos privar á nuestros lectores.

—He oido hacer tan grandes elogios de tu hermosura, le dijo Alabahba, que he querido conocerte y agasajarte.

—Yo te lo agradezco, contestó Marina. ¡Llevo ya tantos años de esclavitud!

Esta exclamacion sorprendió á la interlocutora.

—Me extrañan tus palabras, dijo. He oido asegurar que profesas un gran aprecio á los españoles.

—La emocion me ahoga, dijo Marina; si yo pudiera hablar....

—Habla.

—Es que tengo miedo.

—Miedo, ¿de quién?

—¿De ellos?

—¿De los extranjeros?

—¡Ah! Sí; si supieras.

—Explicate.

—Tú eres buena. Leo en tus ojos la piedad, y quiero comunicarte mis penas, abrirte mi corazón.

Alabahba se dispuso á escuchar con la mayor atencion á Marina.

—¿Crees, dijo Marina, que por mi voluntad estoy al lado de los extranjeros?

—Sí tal.

—¿Segun eso, presumes que se renuncia tan fácilmente á la patria, á la religion, á todo lo que se ama en el mundo?

—Aseguran que has prestado grandes servicios á los extranjeros, que eres su intérprete, su guía.

—Soy su prisionera, soy su esclava, y esta esclavitud desgarrará mi corazón.

—No mientas, Marina.

—No; soy desgraciada. Esos hombres me han arrancado del seno de mi familia, me han hecho abandonar mi hogar, y ya habría muerto si no hubiese jurado vengarme de los españoles.

—Abandónalos.

—Es imposible.

—He aprendido por desgracia á hablar su idioma, me necesitan, y me buscarian por todas partes si me alejase de su lado.

—Poco puede importarte si encuentras defensores.

—¿Y quién me apoyará?

Alabahba miró en torno suyo con recelo.

—Todos los habitantes de Cholula, le dijo, lucharán.

—Los españoles con ellos.

—¿Y qué importa? exclamó con vehemencia Alabahba. Los cholulanos les vencerán.

—Son fuertes; yo los he visto pelear con los de Tlaxcala, con los zempoales, con los de Tabasco, y vencer siempre. —

—Ahora no vencerán, dijo con secreta alegría Alabahba. ¿Quieres ser libre?

—Sí, á toda costa.

—Pues bien; ahora abandónalos para siempre.

Ven á mi lado.

Yo te ocultaré en mi morada.

Aunque te busquen no te encontrarán; y te aseguro que si accedes á mis deseos, podrás sernos aún útil, porque ya conoces á esos hombres, y el mismo emperador Moctezuma premiará tus servicios.

—¡Ah! ¡No me engañes, por piedad! dijo Marina.

—Vuelve ahora adonde están los españoles para que no sospechen que soy yo quien te ofrece un asilo.

Pero mañana, sin decirles á dónde vas, huyes de su lado, y vienes á refugiarte aquí.

—Te aseguro que así lo haré, aunque me cueste la vida.

Es preferible la muerte mil veces á la esclavitud.

Marina partió y aquella noche habló con Hernan Cortés.

A la mañana siguiente acudió á cumplir la promesa que habia hecho á Alabahba.

—Marina ha desaparecido, se dijeron unos á otros los españoles.

Esta noticia consternó á muchos, y preparó á los más confiados á la pelea.

No dudaron desde entónces de que se conspiraba contra ellos, y que Marina habia sido sobornada por sus enemigos para que facilitase el logro de sus fines.

CAPITULO XI.

Al maestro cuchillada.



ALABAHBA desconfió algun tiempo de Marina cuando la vió alejarse de su lado.

Pero al volver á verla al día siguiente muy temprano, al notar las demostraciones de cariño que le hacia la jóven y las palabras de agradecimiento que pronunciaba por haberle facilitado los medios de desprenderse del ominoso yugo que habian arrojado sobre ella los españoles, la india creyó de buena fe en sus protestas, y experimentó una inmensa alegría.

Hasta entónces habia sido Marina el intérprete entre los extranjeros y los indios.

Algunos de los expedicionarios conocian el idioma de los indios; pero no lo suficiente para entenderse con ellos.

Privar á los españoles de Marina, era darles lugar á una gran pérdida.

Marina se arrojó en los brazos de Alabahba.

—Mentira me parece, la dijo, la fortuna que nuestros ídolos me han deparado al traerme á tu compañía.

Mis esperanzas estaban muertas, y tú las has reanimado.

No veia en torno mio más que á la muerte, y me has dado la vida.

Sombras oscuras cercaban mis horizontes, y luz resplandece en ellos con las promesas que me has hecho.

—No lo dudes, contestó Alabahba, el emperador Moctezuma

sabrá pagar el servicio que le has hecho; pero es preciso que ayudes á destruir á los extranjeros.

—No es otro mi deseo.

—Tú los conoces bien.

—¡Oh! Mucho.

—Nos dirás las causas de su poderío.

—Sus armas y sus caballos.

—¡Y no habria medio de arrebatarles esas armas por medio de una sorpresa?

—Imposible; no las separan nunca de su lado. Por otra parte, llevan en el cuerpo unas planchas de hierro, en donde se embotan las flechas de sus enemigos.

—¿De manera que tú crees que son invulnerables?

—Por la fuerza sí; por la astucia no.

—¿Dudan de los cholulanos?

—¡Oh! No.

—No temen ninguna emboscada?

—Ninguna.

He oido decir al jefe de los españoles que le inspiraban mucha más confianza los de Cholula que los de Tlaxcala, porque al fin y al cabo esta ciudad es muy religiosa, y no es de esperar que los que tan religiosos son cometan una acción indigna.

Una infernal alegría brilló en el rostro de Alabahba.

—Si hubiera un medio, prosiguió Marina, de sorprenderlos, separarlos.....

¡Oh! ¡Cuánto siento yo no poder en esta ocasion tener la fuerza de un otomí y la inteligencia de un butio!

Si estas dos cualidades me adornasen, yo sola me atrevería á destruir á los españoles.

—No temas, añadió Alabahba; los destruiremos.

—¿Habeis pensado algo?

—Sí todo está preparado para ese golpe.

—¡Oh! ¡Qué alegría!

Dime, dime qué habeis hecho..... Que yo lo sepa para gozarme en vuestra obra.

—Mañana no verán el sol los extranjeros.

—¿Tan adelantada está la conjuración?

—Todo está preparado.

Moctezuma, que es sagaz, ha enviado veinte mil hombres, que están muy cerca.

La mitad de ellos han entrado poco á poco, y por distintos lados, en la poblacion, disfrazados todos, y ocupan la mayor parte de las casas próximas al albergue de los extranjeros.

Ellos han traído armas para los de Cholula.

A estas horas las afilan en el interior del hogar, y á la señal convenida caerán sobre los españoles.

—¡Bien, Bien! exclamó Marina, fingiendo un entusiasmo vehemente. Que no quede uno solo.

—No, eso no; nuestro gran emperador desea á toda costa ver á esos hombres de que tantas maravillas se cuentan.

Una verdadera curiosidad se ha despertado en su alma y quiere que conservemos unos cuantos españoles para llevárselos á su presencia.

—¿Y á quién piensa dejar con vida? ¡á sus jefes?

—A sus jefes no; ellos son nuestros mayores enemigos. Todos quedarán muertos.

Algunos de los soldados.

—¿Y los zempoales?

—Morirán como ellos.

—¿Y los tlaxcaltecas?

—Los tlaxcaltecas.

¡Oh! Esos que han desafiado nuestras iras, esos que amparados por los extranjeros se atrevieron á luchar con nosotros, perecerán todos inmolados en aras de nuestros dioses.

—¿No crees que llamarán los soldados de Moctezuma á los cholulanos en el momento decisivo? dijo Marina.

—No; Moctezuma, que no se olvida de nada, que conoce á sus vasallos mejor que à nadie, ha enviado hace poco un ídolo de oro para ofrecérsele como presea á sus vasallos triunfantes.

El ídolo está en uno de los adoratorios más retirados.

Estos dias han ido á verle uno á uno todos los cholulanos.

Poseer ese tesoro es la suprema felicidad, y por conseguirlo verterán su última gota de sangre.

Mañana, cuando el sol llegue al sitio donde está ahora, las calles de Cholula serán rios de sangre, y las cabezas de los extranjeros y de sus auxiliares adornarán la entrada del templo del Dios de la guerra.

—¿Y los caciques?

—Estando ya todo preparado, muchos de ellos han ido á ponerse al frente de las tropas que entraron en la ciudad para dar el golpe. Otros han ido á noticiar á Moctezuma lo que han hecho en vista de sus órdenes.

—Ten presente, añadió Marina, que los españoles duermen armados, que tienen centinelas y que por muy precipitadamente que caigan sobre ellos nuestros hermanos, se defenderán.

—¿Qué importa! Los butios han sido consultados, los augures tambien, y todos dicen que ha llegado la hora de su exterminacion.

En este diálogo les sorprendió un siervo de Alabahba. Habló con él, y poco despues dijo la india á Marina:

—Han venido á contarme que los españoles están muy agitados, y preguntan por tí á todos los indios.

—Todo lo comprendo, dijo Marina. El deseo de verme libre me ha hecho precipitarme. Van á creer, sino me presento á ellos, ó que he resuelto hacerles traicion, ó que los de Cholula me han aprisionado. Esto puede malograr nuestra empresa.

—Es cierto, exclamó Alabahba en medio de la mayor desesperacion.

—No temas, dijo de pronto Marina; ¿se da mañana el golpe?

—Mañana al amanecer.

—Pues bien voy á hacer que no se malogre.

—¿Qué intentas?

—Volver al lado de los extranjeros.

—¿Y si te castigan?

—No temas. Cuando vuelvan à verme, me preguntarán dónde he estado. Yo les diré que he querido averiguar cuáles eran las intenciones de vosotros; les tranquilizaré, volveré á inspirarles la confianza que hoy sienten, y al anochecer, cuando los vea entregarse al sueño, volveré á tu casa y partiremos, porque entonces es preciso á toda costa que yo me libre de su furor.

—Sí, sí, tienes razon; es lo mejor que puede hacerse.

—Sin falta.

—¿Y partiremos?

—Partiremos despues de haberlos destruido, para ir á México, donde nos aguarda Moctezuma.

—Adios, y que el astro de la noche sea propicio á nuestros planes.

—Marina habia logrado su objeto.

Acto contínuo fué al hospedaje de los españoles.

Su presencia calmó las dudas.

A las preguntas que le hicieron, respondió, asegurando que por nada del mundo faltaria á su lealtad.

Despues de tranquilizar el ànimo de los españoles, buscó á Hernan Cortés.

En breves palabras le refirió la trama que habia descubierto.

Casi al mismo tiempo llegaron cautelosamente hasta el cuartel general dos tlaxcaltecas, y Hernan Cortés los recibió enseguida, porque anunciaban que llevaban noticias importantes.

—Estad alerta, le dijeron. Desde el paraje donde nos hemos guarecido, hemos observado que casi todos los habitantes de Cholula abandonan la ciudad, se llevan á sus mujeres y á sus

hijos, y no dejan tampoco ni sus adornos, ni sus armas, ni aun víveres.

Todo esto quiere decir que se proyecta una traición.

Mientras recibía estas alarmantes noticias Hernan Cortés, en el templo mayor de la ciudad se ejecutaba una ceremonia horrible.

Diez niños de ambos sexos eran sacrificados en las aras de uno de los dioses para que estuvieran propicios y concedieran el triunfo de los cholulanos.

No tardaron tampoco en llegar algunos zempoales, los cuales habían observado que en las calles de la ciudad se preparaban grupos como para fortificar las entradas de algunas de las calles, síntomas todos que anunciaban un próximo rompimiento.

A pesar de todo, no quería acabar de convencerse Hernan Cortés de que los de Cholula fueran capaces de cometer tan negra traición, después del ascendiente que habían cobrado los españoles a sus ojos, y cuando sabían que eran sus aliados, no solo los tlaxcaltecas, sino los zempoales.

Por lo que pudiera suceder, tomó sus precauciones.

CAPITULO XII.

A grandes males, grandes remedios.



ARINA, dijo Hernan Cortés a la joven india cuando estuvieron solos, con nada del mundo podría pagar las pruebas de cariño que me dispensas.

Sé que al amarte como te amo faltó a mis deberes; pero ¿por qué razón te he hallado en mi camino?

¿Por qué pareces la estrella que me guía al triunfo y a la gloria?

¡Que Dios me perdone el amor que te tengo!

—Ese amor es mi vida, dijo Marina; pero olvidemos ante el peligro las dichas que me ofrece.

—Es necesario que yo averigüe la verdad, dijo Hernan Cortés.

—Alabaha no me ha engañado.

—Quiero oírlo de sus labios.

—¿Qué intentas hacer?

—A prisionarla.

—Imposible; si se supiera en la ciudad que habíais llevado a cabo esa determinación, ó apresurarían el golpe los que están preparados, ó desistirían de él, y no tendríamos motivo para castigarlos.

—Es necesario que esa mujer se halle en mi poder dentro de breve tiempo.

—Oye un medio de realizar tu plan.

—Habla.

—Yo le diré que venga al anochecer, porque de lo contrario,